

Los Caminantes: Necrópolis

LOS CAMINANTES  
**NECRÓPOLIS**

*Para mis hijas, Sacha y Norah.  
Para mi mujer, Desirée, por tanto apoyo y amor.  
Para mi familia, por estar siempre ahí, por ser como son.*

## 1. La Pandemia

Aunque ya no quedara mucha gente para llevar la cuenta del mes exacto, el gélido frío reinante denunciaba muy a las claras que corría el invierno. El lugar era la ciudad de Málaga, mucho tiempo después de la horrible pandemia que asoló todo el planeta desde Tombuctú hasta sus antípodas. Allí, el viento rugía colérico, arrastrando la inmundicia que cubría las calles de un lado a otro. A veces, soplaba tan fuerte que no era extraño ver sillas de plástico o contenedores siendo empujados sin destino ni propósito hacia uno u otro extremo. El aspecto era por tanto de desolación total, con unos barrios más afectados que otros y algunos que parecían reconstrucciones de pesadilla de ciudades agostadas por la guerra y las llamas. Los coches, abandonados o volcados, bloqueaban todas las calles; de noche, la ciudad dormía completamente a oscuras, mecida por un estertor sordo que llenaba el silencio de una ciudad muerta.

La pandemia que provocó semejante escenario fue inesperada, inexplicable, y tan completamente distinta de cualquier otra enfermedad jamás sufrida por la raza humana que casi provocó su absoluta y completa destrucción. Las vicisitudes de la evolución del ser humano desde que abandonó el mar hace millones de años hasta convertirse en pináculo de la vida en la Tierra quedó brutalmente interrumpida tras haber superado dramas, guerras, enfermedades y terribles catástrofes naturales. Nada era comparable; aquello lo superaba todo. Para empezar, la epidemia no provocaba que la gente muriese, sino todo lo contrario: los devolvía a la vida. Los muertos se revolvían en sus tumbas, volvían a levantarse al poco de morir y avanzaban torpemente, privados de todo intelecto y devueltos a un estado primitivo y animal donde la animosidad de todo acto consistía exclusivamente en buscar la aniquilación de los vivos, sin importar si éstos eran conocidos, amigos, familiares o amantes.

El hombre es un ser social y, como tal, había instaurado la base de su seguridad en el grupo afectivo tradicional formado por

amigos, familia... el *zombi* se instalaba muy rápidamente en ese círculo a poco que se torcieran las cosas, y no todos tenían estómago para llevar a cabo la terrible decapitación si el atacante resultaba ser tu hijo, padre, o amante esposo. En muchísimos casos, el atacado, conmocionado, simplemente se rendía.

Estos escenarios terribles se repetían con pocas variaciones por todo el mundo. Pero así como es sabido que la guerra engendra héroes, una situación desesperada como la vivida por la Humanidad en aquellos días no fue menos. Por todas partes surgían grupos de supervivientes obcecados en conservar la vida, gente que ayudaba y gente que recibía ayuda, y se enfrentaban juntos al terror psicológico de aquél fenómeno en los lugares más dispares. En España, en la provincia de Lleida, un grupo de dieciséis personas resistían con bastante éxito en el embalse de Santa Ana: resultaba inaccesible para los *zombis*, tenían agua, pesca, caza y un suministro inagotable de energía eléctrica. Sin embargo, las miserias del alma humana provocaron una fuerte discusión interna por un asunto de celos y acabaron a tiros, reduciendo el grupo a sólo siete supervivientes que volvieron a escindirse en dos: los que se marchaban y los que se quedaban. Ninguno sobrevivió.

No mucho más al norte, en el pirineo Aragonés, un total de ochenta y cuatro supervivientes compartían un refugio en una casa rural en La Ribera. Funcionaron bien por un tiempo, y realmente casi lo consiguen, pero una noche cocinaron un jabalí que habían cazado esa misma tarde. Deambulaba demasiado cerca de la casa y lo abatieron fácilmente. Llenó la cocina de un aroma dulzón y profundo que hizo salivar a todos los que pasaban por allí, y fue presentado en varias bandejas con cebollas y patatas del huerto al que prodigaban mil cuidados. Pero resultó que el animal había estado mordisqueando el cadáver de un *zombi* olvidado en los alrededores, y la gran mayoría de los supervivientes murió a los pocos días aquejada de alta fiebre, sudores y horribles dolores. Los vómitos eran espesos y llenos de bilis viscosa. Los que sobrevivieron, débiles y enfermos, fueron devorados por los compañeros que iban volviendo a la vida. El último de ellos murió de inanición encerrado en un cuarto de baño mientras fuera,

incansables, el resto de sus compañeros golpeaba la puerta, día y noche.

Historias de supervivencia similares hubo miles en todo el continente. El Centro Policial de Canillas en Madrid, por ejemplo, era un recinto amurallado de muchísimas hectáreas con altos edificios y grandes zonas verdes aptas para el cultivo. Solo existían tres puertas en los muros de cemento de varios metros de alto, que se cerraban con verjas de acero. Allí sobrevivieron durante un tiempo varios cientos de madrileños que fueron congregados durante los días en los que la epidemia cobraba auge. Sin embargo, las puertas permanecieron cerradas a cal y canto para todos aquellos que llegaron en los días posteriores, corriendo como podían entre las hordas de muertos vivientes, buscando refugio. Fue el infame capitán de la Guardia Civil José Millán Arbona quien ordenó que las puertas permanecieran cerradas hasta nueva orden, ya que las provisiones de agua y alimentos no iban a ser suficientes para todos.

Esta orden, imperativa y tajante, suscitó mucho malestar y un intenso debate entre sus hombres, unos treinta y dos policías que juraron proteger el libre ejercicio de los derechos y libertades de los españoles y garantizar la seguridad ciudadana. Es lo que les habían dicho, al menos, pero no parecía corresponder con la actitud de Arbona. Mantener las puertas cerradas y abandonar a los supervivientes a su suerte no encajaba con esa parte. Arbona empezaba a provocar cierta repulsión tanto a sus hombres como a los civiles parapetados en el recinto; sudaba copiosamente, bramaba por todo y olía tan profundamente a alcohol que su aliento parecía inflamarlo todo.

Una noche, un numeroso grupo de madrileños armados estrellaron un Jeep de alta gama contra las puertas principales, doblando las grandes hojas de acero como si fueran de cartón piedra. Los goznes chillaron en la noche antes de salir disparados, clavándose con fuerte contundencia en la pared opuesta. El jeep continuó su avance unos cuatro metros, volcando lentamente hacia uno de los costados y acabando su acometida al empotrarse con contundente violencia en un pequeño portal del lado opuesto. El golpe levantó ecos ominosos y la lluvia de pequeños trozos de

metal superó los tejados más altos. El conductor murió en el acto, volviendo a la negra existencia de los muertos vivientes dieciséis minutos más tarde.

Los invasores no tardaron en entrar en el recinto, disparando erráticamente contra objetivos que ni siquiera veían. Su objetivo era la toma del recinto y los víveres que allí se almacenaban. Eran indisciplinados y alocados, pero armaron un follón de mil demonios, haciéndose fuertes en una de las torres del ala este. La contienda duró diez horas y trajo vívidos recuerdos a un señor mayor de 82 años que vivió algunos trágicos episodios durante la Guerra Civil Española. Los disparos y las ráfagas ametralladoras arrancaron lágrimas a sus pequeños ojos arrugados mientras esperaba, con el resto de los civiles, a que la contienda se decidiese en uno u otro sentido.

Naturalmente, el hecho de que los caídos volvieran a levantarse para arrebatarse la vida a pedazos a los que fueron sus compañeros complicó mucho las cosas. En algún momento de la noche, por mor de la oscuridad creciente, ambos bandos acabaron disparándose entre sí, confundidos por la presencia de los *zombis* entre sus filas y los que entraban por la puerta principal, ahora privada de las fuertes rejas de acero. Unos vestían como ciudadanos, otros como guardias civiles. Lo hacían además en un número cada vez mayor, y hostigados por el clamor de la refriega, ya no lo hacían arrastrando los pies, sino *corriendo*, con las manos trocadas en garras y las bocas sedientas. Es difícil concebir el horror indescriptible que aquellas personas sufrieron en aquellos cuartos oscuros, arrojados solo por los gritos que llegaban de las zonas de contienda.

A las cuatro de la mañana, alguien tuvo la genial idea de prender unos bidones de gasolina en uno de los corredores para frenar el avance de los *zombis*. Se consiguió el efecto deseado, pero el fuego lamió con avidez las paredes y el techo y en poco tiempo la estructura se vio afectada. El fuego se propagó rápidamente al piso superior y continuó desgranando ladrillo tras ladrillo, viga tras viga, hasta que parte del edificio principal se derrumbó con un estrépito ensordecedor, dejando el interior a la vista. Algunos

murieron con los pulmones llenos de humo, otros, devorados por los ríos de fuego o las hordas *zombi*.

Al amanecer, apenas quedaban unos pocos supervivientes, aislados unos de otros y escondidos en los sitios más inverosímiles: un armario, una habitación, debajo de una cama. Cuarenta y ocho horas más tarde, Canillas era una humeante tumba de proporciones épicas. Los muertos la velaban.

También en el extranjero el hombre se negaba a ser exterminado, a perder su prerrogativa de *vivir* tras miles de años de superación y evolución. Hubo tantos casos de supervivencia como lugares recónditos y protegidos se pueden encontrar por toda la geografía del planeta, desde castillos medievales en la mitad sur de Francia a mansiones de súper lujo en barrios adinerados de los Estados Unidos. Y en sitios como Rusia, tristemente, los habitantes de Leningrado volvieron a revivir atroces escenas de canibalismo como no se habían visto desde la Segunda Guerra Mundial, cuando la gente tuvo que comerse unos a otros debido a la escasez de alimentos por el sitio nazi.

Pero no todo el mundo acabó mal. Ciertos pueblos, como Valencia de las Torres, resistieron con implacable fiereza gracias a su especial configuración. Rodeada de terrenos de labranza de cientos de propietarios diferentes, cada parcela estaba rodeada de todo tipo de alambradas, vallados, altos muros de piedra y otros impedimentos que frenaban el deambular de los caminantes. Nadie se enteró que el pueblo sobrevivía, sin embargo, ya que naturalmente las comunicaciones telefónicas estaban cortadas.

En el Tercer Mundo, la infección *zombi* tampoco prosperó tan rápida y contundentemente como en el Hemisferio Norte. La distancia entre poblaciones en el continente africano, por ejemplo, dispersó y detuvo los casos que se iban produciendo, aunque ciertos hospitales y centros de ayuda regentados por misioneros y ONG's de ayuda fueron completamente devastados. Además, los Señores de la Guerra africanos estaban más que encantados de disparar contra aquellas cosas. En el Himalaya, los muchos monasterios y pueblos budistas repartidos por Bután, China, Nepal y la India apenas sufrieron la Pandemia *Zombi*. Se adaptaron muy rápidamente al nuevo fenómeno de la resurrección apenas se

produjeron los primeros casos. Solo en el pequeñísimo monasterio de Gingsheg se vieron completamente desbordados por los muertos vivos, pero éstos nunca lograron abandonar el pueblo: los que lo intentaban se despeñaban por los barrancos y encontraban un rápido final al golpearse el cráneo con las piedras.

La comida era siempre un problema. A medida que el tiempo pasaba, los alimentos disponibles iban expirando y pudriéndose. Eso obligaba a muchos a abandonar la seguridad de los agujeros que se habían labrado y a aventurarse en zonas nuevas, lo que casi siempre acababa en desastre. Los *zombis* acechaban silenciosos en las esquinas oscuras, no como parte de un comportamiento inteligente, sino porque su lento deambular les llevaba allí y allí se “desactivaban” de algún modo, faltos de estímulos que les interesaran. Permanecían aletargados durante semanas y meses, de pie, sin apenas mover un músculo, hasta que cualquier ruido volvía a ponerlos en marcha.

Y luego llegó la nieve. La bendita nieve. El frío intenso dejó a todos esos *zombis* ralentizados. Con temperaturas por debajo de cero amanecían azules de frío y bastante torpes; ni siquiera respondían bien al estímulo visual que suponía una posible víctima. Esa circunstancia fue aprovechada por muchos para tomarse un respiro durante el invierno más frío que ningún superviviente podía recordar. Salían fuera, se re-abastecían, exploraban lugares cercanos. Ello era, naturalmente, un arma de doble filo. Con el abastecimiento de energía eléctrica cortado, era difícil calentar los hogares y refugios en los que sobrevivían y hubo algunas muertes silenciosas durante la noche (lo que por descontado significaba muertos vivos por la mañana).

Así iba muriendo poco a poco el diez por ciento de la población que los *zombis* no pudieron matar de primera mano. Incluso los súper refugios como los de ciertas instalaciones militares en Estados Unidos, Alemania e Inglaterra sucumbieron poco a poco por unos u otros motivos: negligencia en la vigilancia o en el mantenimiento de las instalaciones, luchas internas por motivos de poder o políticos, malestar de los hombres, demasiadas misiones suicidas, desconfianza en el mando, accidentes, otras enfermedades comunes y un largo etcétera. Ninguno de aquellos



comandos, por cierto, consiguió restablecer las comunicaciones básicas de larga distancia; éstas eran demasiado complicadas y dependientes de grandes servidores centrales ubicados en las principales capitales donde el número de zombis por metro cuadrado era sencillamente desmoralizador.

Pero volviendo al lugar... a Málaga... allí, el campamento del polideportivo de Carranque seguía aún en pie. Albergaba a algo menos de una treintena de supervivientes, y aquella inhóspita mañana no había nadie en ninguna de las pistas de fuera porque hacía demasiado frío. La temperatura era de unos 11 grados centígrados pero la sensación térmica era de algo menos por el fuerte viento que hacía sonar la reja metálica de las vallas exteriores.

Allí, encerrado en una improvisada prisión, dormía el Padre Isidro. Respiraba trabajosamente, febril, con la piel de un pálido color ceniza y acosado por sueños de pesadilla donde Dios le pedía cuentas por no haber cumplido su oscura misión. Pero él le rogaba que esperara, que esperara a que le diesen una oportunidad. Un momento de descuido, una debilidad donde pudiera meter su palanca y doblarlos a todos.

Allí, el Padre Isidro esperaba su momento.

## 2. Lo Que Ocurrió

Carranque vivía días dulces. Después de que consiguieran repeler a los *zombis* cuando irrumpieron en el recinto como el agua putrefacta de una cloaca que revienta, la Comunidad se sintió mucho más fuerte. Habían pasado aquellos meses con el miedo pegado al cuerpo, como una camiseta mojada. Tenían sueños angustiosos en los que unas manos negras los arrastraban fuera de la Ciudad Deportiva, y cuando estaban despiertos, miraban a través de las rejas y les parecía que sus bocas se movían para pronunciar sus nombres.

... José ...

erto ...

... ristina ...

Pero cuando consiguieron frenar el ataque y apresar al Padre Isidro, entonces sus corazones se incendiaron. No inmediatamente, pero sí poco a poco. Recobraron un valor que nunca creyeron haber perdido, y el ambiente general era del todo festivo, como si siempre fuera el día previo a la Navidad. Hablaban del futuro pero no de manera incierta, y hablaban también de grandes planes de reconquista.

Todo gracias a Juan Aranda.

Juan Aranda era inmune. Dozer le llamaba ahora, no sin cierta sorna, *El Que Camina Entre Los Muertos*. Lo pronunciaba con voz engolada y grandes aspavientos, como si estuviera en una película antigua con vampiros que llevan levita o melodramáticos hombres lobo. Pero Aranda era inmune de veras. Podía caminar entre los *zombis* sin que ninguno reparara en él. Podía empujarlos, zarandearlos, apuntar a sus sienes con una recortada y volarles la cabeza sin que ninguno de los otros *zombis* se le ocurriese jamás atacarle. Y así, uno tras otro. Suponían que, teóricamente y con la paciencia adecuada, Aranda podría acabar con todos los *caminantes* de Málaga. Él solo.

Pero de eso se trataba precisamente. El Doctor Rodríguez seguía investigando en su pequeño laboratorio médico; el plan era

que poco a poco, todos los supervivientes fueran inmunes a los *zombis*, pero quería tener la seguridad que Juan Aranda seguía sano antes de inocular al resto. Secretamente, le preocupaba que el virus, si bien reducido y desactivado como los gérmenes de una vacuna, pudiera alterar la estabilidad mental de su paciente. Era una posibilidad, vista la salud mental del Padre Isidro.

Ahora al menos tenía más instrumental, más equipo. Juan Aranda en persona lo había traído desde el cercano hospital Carlos de Haya. Cómo se había alegrado de no haber mandado a los muchachos como había pensado hacer en un principio: el edificio entero parecía una incubadora de aquellas cosas muertas. Estaban en todos los pasillos, en todas las habitaciones. Tuvo que apartarlos con ambas manos para poder acceder al área forense donde Rodríguez había trabajado. En alguna ocasión pudo sentir cómo el hueso se quebraba tras la piel al apartar a uno de ellos. El sonido y la vibración tras la carne consiguieron ponerle los pelos de punta.

Aranda había adquirido su inmunidad gracias al Padre Isidro, quien la había adquirido antes que él por una enfermedad que casi le mata. Ocurrió en los primeros días de la pandemia *zombi*, antes de que se extendiera, cuando en los hospitales aún había profesionales trabajando y los casos *zombi* empezaban a propagarse por el mundo. En los breves momentos en los que estuvo clínicamente muerto, el agente patógeno que provocaba que los muertos volvieran a la vida le infectó, pero consiguieron estabilizarlo aplicando descargas eléctricas, reanimación cardiopulmonar y respiración de rescate; y su viejo corazón, aunque débil y enfermo, volvió a latir.

El Padre Isidro regresó a su Iglesia, y allí fue testigo del lento despertar de los muertos. Se encerró en el templo mientras Málaga moría, y negó el cobijo a cuantos se acercaban para rezar a su Dios, cerrando las puertas y apilando los bancos para asegurar los grandes portones de madera. Se fue volviendo loco en las semanas que estuvo allí encerrado, aquejado de una fiebre continua que le producía vívidas alucinaciones. En su cabeza, el Hambre, la Peste, la Guerra y la Muerte danzaban a la luz de las velas dibujando macabras sombras alargadas en las paredes. Así rezaba, leyendo pasajes de la Biblia que alimentaban su imaginación mientras

temblaba de pies a cabeza porque pensaba que había llegado el Día del Juicio Final. La Resurrección de los Muertos.

Una noche, el Padre Isidro no pudo más. Se sentía impío porque no se había dejado juzgar por el ejército de resucitados que el Señor había enviado a la Tierra. Retiró los bancos y abrió las puertas del templo que rechinaron a la tenue luz de las muchas velas que había dispuesto por todas partes. Pero cuando salió fuera a rendir pleitesía a los ejércitos del Señor, éstos no le juzgaron. Ninguno de los muertos reparó en él. Le dejaron pasar entre sus filas mientras se adentraban en la Iglesia de la Victoria para encontrar el recinto vacío.

El Padre Isidro vio entonces la luz. En su cabeza, los viejos y oxidados engranajes de la locura comenzaron a girar relegando cualquier atisbo de cordura a un segundo plano. Había comprendido muy a las claras cuál era su papel en aquella historia, y se sintió agradecido

*oh tan agradecido*

porque el Señor le había señalado a él para asegurarse de que todos los vivos fueran juzgados por los muertos. Solamente así todas aquellas almas podrían descansar en paz y ascender a la Gloria Eterna para el fin de los días.

Durante semanas, el Padre Isidro se paseó por las calles de Málaga sacando a los supervivientes de sus refugios. Para él era sencillo. Contaba con las legiones de muertos vivientes para irrumpir en los puntos seguros y romper todas las defensas. Casi siempre, eso era suficiente. Los espectros entraban en tropel como una horda de asesinos y desgarraban, masticaban, despedazaban. Solo unos pocos escaparon, pero él los persiguió, los espionó durante muchos días, agazapado y oculto en los edificios cercanos y alimentando su odio, rezando a Dios para que lo perdonase día tras día por no haberles podido dar caza. Hasta que finalmente pudo descubrir dónde se ocultaban, y entonces planeó, oculto en docenas de escondites diferentes, royendo su maldad durante días y días. Los estudiaba desde la distancia, trabajando como hormiguitas en su pequeña comunidad de Carranque. Cuando el primero de ellos despertaba por la mañana, el Padre Isidro ya estaba apostado en alguno de sus agujeros atisbando con prismáticos de gran potencia,

y cuando la última hormiguita daba por terminado el día y se acostaba, él seguía allí, sonriendo con su dentadura perfecta y sus ojos amarillentos y desorbitados, con la mente llena de oscuros planes que involucraban todo tipo de ideas llenas de muerte y venganza.

Un día, el Señor de los Muertos se deslizó por las alcantarillas. Era delgado y silencioso, y tenía la gracia divina de la constancia y la paciencia. Ninguno de los supervivientes esperaba un enemigo como él, que podía agazaparse detrás de cualquier tubería y acercarse por detrás con un cuchillo en la mano. Ellos esperaban un ataque *zombi*, siempre ruidoso y directo, así que eliminar a los centinelas en las solitarias horas del amanecer fue tan fácil como había esperado.

Desde allí, acceder a las puertas principales fue tan sencillo como beber un vaso de agua. Estaban cerradas únicamente con unas cadenas y un sólido candado, pero un sencillo cortafrío las dejó inútiles y laxas en el suelo. Y así por fin, los muertos, que habían esperado tras las rejas desde los primeros días de la Pandemia, violaron el recinto.

La batalla que sucedió entonces puso en jaque a todo el campamento. Afortunadamente, Carranque tenía sus defensas. José, Uriguen, Dozer y Susana se habían convertido, con el tiempo, en unos excelentes tiradores. No se sobrevive mucho tiempo en un mundo infectado por muertos vivientes sin gente acostumbrada a usar armas, y usarlas bien. Recibieron el ominoso nombre de *El Escuadrón de la Muerte*, que aunque al principio les fue otorgado entre risas y alcohol, después de un tiempo resultó ser un sobrenombre, aunque lúgubre, bastante acertado. Aquél día hubo bastantes héroes por destacar en la contienda más frenética que ninguno pudiera recordar, pero fueron ellos los que, básicamente, consiguieron detener a los *zombis* y capturar al Padre Isidro.

Desde aquél momento, el sacerdote pasó a las expertas manos del doctor Rodríguez que había trabajado como médico forense en el cercano hospital Carlos Haya. Fueron muchos días duros de intenso trabajo, pero sus exámenes, unidos a lo que ya sabía por los cadáveres de los *zombis* que le habían procurado, le permitió lo imposible: lograr una vacuna basada en la sangre y el

sistema inmunológico del padre. Aranda, que había asumido el papel de líder de la comunidad, aquejado por sentimientos de culpa por haber permitido que los muertos vivientes entraran en el campamento no tardó en inyectarse varias dosis espaciadas. Tras varios intensos días en los que todos pensaban que su salud se había resentido demasiado y que no lo conseguiría, los resultados fueron impecables: Aranda pudo caminar entre los muertos sin ser visto, exactamente igual a como lo había hecho el sacerdote antes que él.

La inesperada victoria les infundió renovadas energías. Ahora había reuniones casi todos los días, y ya no trataban problemas de angustiada premura o ideas descabelladas, fruto de mentes que están entre la espada y la pared y se enfrentan a situaciones de estricta supervivencia, sino planes de futuro. Todos ellos involucraban operaciones que llevarían a cabo cuando fueran inmunes a los *zombis*. Se hablaba de recuperar Málaga poco a poco, entregados a unas tareas de limpieza por sectores cuidadosamente estudiados. La idea les entusiasmaba. Todos habían perdido familiares, amigos, vecinos... los zombis les habían arrebatado sus vidas, sus ilusiones, sus planes de futuro, y exterminarlos de la faz de la Tierra como quien arranca las malas hierbas de un jardín, era un concepto que les hacía estallar el corazón.

Pero en su celda, un Padre Isidro delgado y decrepito expurgaba sus pecados. Mascullaba su venganza con oscuras promesas y se negaba a hablar con nadie excepto con Él, en oraciones privadas a las que se entregaba todo el día. El doctor Rodríguez lo visitaba a diario interesado por su estado de salud; tenía anemia galopante, y el recuento de glóbulos rojos arrojó una cifra que apenas superaba el millón por milímetro cúbico. Sus deposiciones eran una inmundicia líquida.

Al caer la tarde, Rodríguez anunció a Aranda su preocupación.

—Creo que no le queda mucho. — Dijo.

—¿Qué tiene?

—No tengo los medios que necesitaría para estar seguro, pero diría que está al borde de un *shock* séptico.

—¿Es por su...? — preguntó Aranda, pero no se atrevió a terminar la frase.

—No lo sé. Quién sabe qué ha estado comiendo, dónde ha dormido. Pudo haber estado escondido en cualquier lugar, pudo haberle picado un insecto. Sus dentadura es buena, pero sus muelas del juicio están completamente deterioradas, y esa infección también puede ser una de las causas. Quizá el contacto con esas cosas... ha estado siempre rodeado de ellas. ¿Quién sabe lo que el contacto prolongado con esos tejidos necróticos puede haber causado?

—Pero no está pensando en eso. — Dijo Aranda despacio.

—No, efectivamente. Lo que estoy pensando es que quizá su degradación pueda ser debida al virus controlado que lleva dentro.

— exclamó con gravedad.

—Entiendo.

Aranda, como el resto de la Comunidad, deseaba fervientemente que todos pudieran recibir la vacuna que les conduciría a una nueva vida. Comprendía que el doctor Rodríguez tuviera sus reservas, desde luego, pero hasta ese momento no se había planteado seriamente que el virus que se había inoculado pudiera acabar con él. No al menos desde las fiebres y sueños intranquilos que superó los primeros días.

—¿Cuánto más tendremos que esperar para estar seguros?

El doctor Rodríguez meditó, reflexivo.

—Me encantaría contar al menos con dos o tres meses.

—Eso es demasiado... — exclamó Aranda, más sorprendido que otra cosa.

—Lo que queráis — contestó Rodríguez levantando los hombros imperceptiblemente. — pero es mi opinión médica.

— Puedo llevarle. — dijo al fin con determinación. Sus ojos brillaban de esa forma que el doctor conocía tan bien — Puedo llevarle a su consulta, doctor. Puedo llevarle allí de alguna manera, ya idearemos cómo, para que pueda analizar a nuestro padre y estar seguros.

Aranda se volvió para mirarle a los ojos.

—No sería tan fácil. Hay sistemas vitales que no funcionan, habría que revisar los generadores de emergencia, ponerlos en

funcionamiento. Gran parte del material esencial habrá expirado en este tiempo, y por lo demás, ¿merece la pena semejante riesgo?, ¿llevarme allí escoltado por el Escuadrón? Yo escapé de ese hospital a duras penas, Aranda. Cuando pude salir, estaba lleno de *zombis* y las salas de diagnóstico, de análisis, el equipo... estaba todo hecho trizas y tirado por el suelo, un batiburrillo informe de jeringas, gasas, cristales, tubos y sangre.

Aranda asintió.

– De todas maneras, sería gracioso – dijo entonces.

– ¿El qué? – preguntó Rodríguez pestañeando.

– Que fuera otra cosa la que afecta al padre Isidro. Que fuera la muela del juicio la que acabara matándolo.

Rodríguez puso los ojos en blanco.



### 3. La idea de Aranda.

Uno de aquellos días, durante una de las reuniones generales a las que asistía absolutamente todo el mundo, Juan Aranda propuso un nuevo y polémico plan.

– Como hemos hablado muchas veces ya – les dijo a todos desde el extremo de la sala, un entarimado al que se accedía subiendo unos cuantos escalones – uno de nuestros propósitos más urgentes es localizar a otros supervivientes. El plan de la radio funcionó bien: nos trajo a Moses e Isabel... un simple mensaje lanzado al aire para aquellos que tenían aún esperanza y confiaban recibir algún rastro de civilización.

La audiencia pareció corroborar sus afirmaciones con un clamor de aprobación generalizado. Tanto Moses como Isabel, que habían llegado a la Comunidad no hacía mucho, recibieron palmadas en la espalda y sonrisas de aprobación de los que eran ya parte de su familia.

– Si hay supervivientes ahí fuera – continuó – estoy seguro que sobreviven con una infraestructura similar a la nuestra. Es más que probable que tengan electricidad gracias a generadores como los que nosotros tenemos. Y es probable que estén a la escucha, con radios. Es sencillo hacer funcionar una radio, hay transistores por todas partes, y la producción mundial de pilas convencionales, gracias a Dios, nos ha dejado un legado que durará muchos años todavía.

Hubo miradas encontradas entre los asistentes, seguidas de un rumor apagado. En su atrio ligeramente elevado, Juan Aranda hizo una pausa hasta captar de nuevo toda la atención.

– Nuestra radio tenía un alcance muy limitado, pero sería posible llegar a mucha más gente, mucho más lejos, si pudiéramos llegar hasta los estudios de televisión de Canal Sur y, de alguna forma, reactivar los sistemas para poder emitir. Estamos hablando de una radio de verdad. Estamos hablando de toda Andalucía.

El comentario fue acogido en el más profundo de los silencios. Todos miraban a Aranda; parecían contener la

respiración. Hasta que alguien, en la segunda fila, soltó una sonora exclamación de sorpresa que sonó como “¡Hostias!”.

—No sé si es factible o no. — declaró entonces Aranda. — No sé nada de estudios de radio o de cómo funcionan. Si dependen de un sistema central en Madrid, o de un satélite que probablemente vague ahora por el espacio con todas las luces apagadas. Es algo que tendremos que hablar entre nosotros, si hay alguien que entienda de esto. Pero esos estudios no están lejos, están ahí mismo, en la Carretera de Cádiz, y alguien como yo debería ser capaz de ir allí a ver cómo están las cosas.

Entonces todos comenzaron a hablar con todos. Algunos de los rostros parecían encendidos de la emoción, otros, como es normal, se mantenían cruzados de brazos con una expresión de manifiesto rechazo.

—Joder, Juan. — dijo alguien. — Los estudios podrían haber ardido hasta los cimientos por lo que sabemos...

—¿Cómo vamos a poner todo en marcha? ¡Es una locura!

—¡Tendríamos que llevar unos generadores de los grandes en un camión! — Dijo un tercero, visiblemente entusiasmado.

—¡Los repetidores estarán tan apagados como vuestros cerebros! — protestó otro.

El debate se fue volviendo más acalorado en pocos minutos. Aranda quiso añadir algo, pero no consiguió esta vez volver a recuperar la atención de su público. Bajó del estrado y los dejó hablar, al fin y al cabo, la noticia estaba dada y ahora maduraría entre la comunidad.

Moses se le acercó, abriéndose paso entre la gente que se había puesto en pie para debatir la idea. Era un hombre grande con una perilla rala y tez oscura.

—Menudo follón has montado, hombre. — dijo riendo.

Aranda le devolvió la sonrisa, pero sus ojos no la acompañaban.

—¿Realmente lo crees posible? —preguntó el marroquí. Había una chispa especial en sus ojos, algo indefinible; una mirada inteligente, como si pensara que Aranda tenía en realidad un plan distinto al descrito y tratase de tantearle sutilmente, de hacerle ver que, quizá, él también lo sabía.

Aranda estudió su mirada.

— Pienso que, al menos, habría que intentarlo.

— Ya, ¿y cómo lo haremos?, ¿cuál es el plan?

— Bueno... — suspiró — ... mandar una comitiva allí es increíblemente arriesgado. No sabemos cómo está la carretera. Imagina que enviamos a Dozer y los chicos en una furgoneta, se encuentran la carretera bloqueada y cuando están intentando apartar lo que quiera que la bloquea, llegan esas cosas. O imagina que van a cruzar uno de los puentes de la autopista... ¿y si por debajo, uno de esos autobuses gigantescos se estrelló contra uno de los pilares de sujeción principales?, ¿y si la vibración derriba el puente cuando ellos están pasando? Yo podría ir en una moto, solo. Para ver cómo está todo.

Moses asintió. De alguna manera, lo había intuido desde el principio. Una misión extraña e inesperada que se desarrollaba a muchos kilómetros en pos de unos resultados que, a priori, se le antojaban imposibles. Emitir radio desde un estudio que podría estar tan dañado como el hígado de un alcohólico nonagenario, poner en marcha un sistema de satélites o quizá repetidores repartidos por toda la geografía española — todos desconectados de la red eléctrica porque ya no había ninguna maldita red eléctrica — y eso sin mencionar sistemas y programas que nadie tenía ni la menor idea de cómo manejar, contraseñas, o accesos remotos a alguna central en algún edificio en Madrid o Barcelona donde tampoco habría electricidad y los únicos dispuestos a atender las luces rojas parpadeantes serían los *zombis*.

Moses no iba mal encaminado. Aranda necesitaba irse de allí por un tiempo. Ahora lo sabía. Tenía miedo de que el virus que le habían inoculado acabase por afectar su salud, de que poco a poco sus deposiciones se parecieran a la baba espumosa del padre Isidro, de que empezase a adelgazar, y peor aún... de que se volviera loco, como él. ¿Y de qué serviría estar en el recinto si eso ocurriera?, no era que el doctor Rodríguez pudiese hacer mucho por el sacerdote, de todas formas. ¿Cuántas semanas, meses... lo tendrían encerrado si su mente empezaba a ver Jinetes del Apocalipsis debajo de la cama?, o peor, ¿y si le daba por coger un arma y volarle la cabeza a alguien?

El doctor había dicho dos meses para estar seguros, pero él intentaría aprovechar el tiempo, aprovechar ese don especial que le habían dado para ver qué había fuera. Para ver cómo estaban las cosas de verdad.

—Entiendo... — dijo Moses despacio. — pero, ¿no es peligroso que vayas solo?

—No lo creo...

—¿Quién sabe lo que hay ahí fuera, Juan? Puede haber gente que sobreviva todavía y que sean diametralmente opuestos a todo lo que has conocido. Joder, Juan... a veces eres tan inocente. Estás acostumbrado a esto, pero esto... esto parece la casa de Barbie y las Princesas, Juan... Ahí fuera... — señaló a algún punto indeterminado de la habitación — ... ahí puede haber gente mala. Mala de cojones. Gente que te hará pedirle al padre Isidro que te arrope y te cuente un cuento antes de dormir.

Juan se pasó una mano por la barbilla, estudiando sus palabras.

—Yo vine del Rincón de la Victoria hasta Málaga y no vi a nadie así. — Dijo.

—Creo que me contaste que la mayor parte del tiempo viniste en barca, Juan. Si te hubieras metido en la ciudad, estoy seguro de que habrías explorado las miserias del alma humana con mucho más detalle del que te hubiera gustado.

Juan sacudió la cabeza, recordando de pronto un incidente que vivió poco antes de decidir marcharse a Málaga. Se trataba de unos jóvenes que, henchidos de alcohol, se pertrecharon en un tejado. Desde allí disparaban con desmedida violencia a los *zombis*, hasta que su número les superó. Pero mientras estuvieron vivos, él observó la escena desde un improvisado escondite, sabiendo a ciencia cierta que de haberse dejado ver hubieran disparado contra él igualmente. El mundo se había acabado, tanto daban los vivos que los muertos.

—Moses, amigo... estoy decidido — dijo, a pesar de todo.

Moses frunció el ceño, pero aún así, su aspecto no era de enfado. Aranda sí lo había visto enfadado, y entonces sus cejas se combaban hacia abajo y su rostro alargado y oscuro adquiría el aspecto de un diablo.

Aranda le sonrió, y esta vez su sonrisa era sincera, llena de complicidad.

– Lo necesito. – Dijo al fin.

– No te vayas sin despedirte. – Contestó Moses.

Y rodeados por encendidas discusiones sobre satélites y procesos de emisión de imágenes, Moses y Juan se abrazaron.

Aquella noche, durante la cena, el doctor Rodríguez fue informado de los planes de Aranda, ya que normalmente él no asistía a las reuniones generales a menos que su presencia fuera requerida o bien fuese él mismo quien convocase la reunión. Los planes oficiales eran ausentarse apenas un par de días, lo que no le pareció importante, pero Aranda habló con él sobre la posibilidad de estar fuera un poco más. De hecho, una o dos semanas más, según marchasen las cosas. Esa otra información le enfadó muchísimo; tenía la intención de estudiar a Aranda intensivamente, y anotar con celo exquisito la evolución de su salud. Decía que un cuaderno de registro sobre el virus era del todo esencial para cotejarlo con futuros pacientes, y que su actitud no era para nada coherente con lo que se estaban enfrentando.

Aranda se sentó con él y hablaron sobre la posibilidad de que Juan llevara un registro propio sobre su estado. Pulsaciones, temperatura, estado anímico general... cierta lista que tendría que comprobar todos los días, a veces en varias ocasiones. El doctor Rodríguez le pidió que volviera inmediatamente si se sentía mal, y Juan Aranda salió del paso con un vago movimiento de cabeza que el doctor interpretó como un sí.

– Hay una cosa más – dijo Rodríguez, sacando un pequeño tarro del bolsillo. – si vas a vivir peripecias por ahí fuera encontrarás cadáveres por doquier. No me refiero a esos *zombis*, no huelen ni la mitad de mal que un cadáver de verdad. Un muerto empieza a oler al cabo de unos minutos de producirse el fallecimiento, imagina después de meses. Muchos habrán sido parcialmente devorados, y si el olor a sangre es muy desagradable, el de los intestinos huele literalmente a mierda; y el de los pulmones recuerda vivamente a cañería atascada. Por si fuera poco, además, muchos se defecan encima al morir, circunstancia que

olvidan mencionar en casi todas las series y películas de cine, pero es así; y eso sin mencionar el sudor y demás secreciones que se expulsan por casi todos los orificios del cuerpo.

— Antonio, por Dios... — soltó Aranda.

— Lo malo de esos olores — continuó el doctor — es que se quedan impregnados en la ropa y grabados en la pituitaria. Te acompañarán algunas horas después de que te hayas restregado con los muertos. No hay forma de librarse. Este ungüento es para evitar todo eso. — dijo dándole el bote pequeño — es mejor que el *Sinus*, que irrita las vías respiratorias. Ponte un poco debajo de la nariz, y no te desharás en vómitos.

Aranda le dio las gracias y se llevó el frasco, pensando si todo aquello sería en realidad buena idea.

El que peor lo llevó fue Dozer y su gente. Eran ellos los que siempre habían salido fuera, entre los *zombis*, armados con sus rifles y pistolas. Utilizaban las alcantarillas para moverse, porque generalmente solían estar vacías; no habían conocido aún al muerto viviente que supiera coordinar brazos y piernas para subir por una de esas escaleras de mano. Querían acompañar a Juan en su periplo.

— Es demasiado peligroso, Dozer. — explicó Juan. José, Uriguen y Susana estaban también con ellos, en la pista de atletismo, sentados en unas sillas plegables que la lluvia había oxidado demasiado pronto. En el suelo había un paquete de cervezas.

— Podrían comerte el cerebro, muchacho. — Bromeó José, levantando su cerveza hacia Dozer.

— Es cierto... — dijo Susana reflexiva, mirando a los espectros que se arremolinaban tras las altas rejas metálicas, al otro lado de la pista. — El gran tópico de las películas de *zombis*. Pero no lo hacen. No se comen el cerebro.

Dozer rió, agachando la cabeza para no atragantarse con la cerveza. Los músculos de sus brazos se tensaron bajo la camisa.

— Diría que lo del cerebro es una cuestión metafórica. — contestó Aranda, pensativo. — En muchas de aquellas películas, los *zombis* representaban la sociedad consumista, el acto maquinal y

repetitivo de ir de compras, incluso como distracción de un sábado por la tarde. Para esa metáfora, la parte del cerebro es bastante lógica...

— ¿Por aquello de que te comen el coco? — Preguntó Dozer.

— Eso es. Nos comen el coco para ser uno de ellos. Pero la metáfora no funciona en la práctica, claro. Entre otras cosas porque no creo que el cráneo pueda abrirse con los dientes de un ser humano, máxime si tienes la dentadura hecha polvo como suele ser el caso en nuestros amigos; y no digamos ya si tienes problemas de coordinación psicomotriz.

— ¡Esa es buena! — Rió José.

— Tampoco los hemos visto... comer. — comentó Susana. — Mordisquean para matar, sólo eso.

— Es verdad. — contestó José, mientras los demás asentían de una forma u otra. Bebieron cerveza, que estaba caliente pero seguía embriagando igual, lo que de vez en cuando era agradable.

— En cualquier caso — comentó Aranda con una sonrisa — es lo que hacen con los vivos no inmunes. ¡Los mordisquean! En suma, muy peligroso.

Dozer miró a Aranda con los ojos entrecerrados.

— ¿Peligroso? — contestó José. — Deberías habernos visto cuando Jaime estrelló el helicóptero y tuvimos que atravesar toda la calle infectada de *zombis*. Eso sí que era peligroso.

— Lo sé, lo sé. Pero esto es diferente...

— ¿Cómo es diferente? — Preguntó Susana.

— Es un largo camino, no es como esas operaciones de limpieza que hacéis en los edificios de alrededor. Aquí, si algo sale mal, es posible volver atrás y regresar a casa en poco tiempo. Pero si el vehículo que llevemos se estropea, o nos estrellamos... podéis disparar hasta que se acaben todos los cargadores, que no habrá vuelta atrás.

— Tú también puedes estrellarte. — Comentó Dozer.

— Pero iré yo solo. No lo entendéis. Sois vitales para la subsistencia de Carranque. Acordaos de aquellos motoristas... si no hubiera sido por vosotros, ¿quién sabe cómo habría acabado todo? Casi todos los que viven aquí han intentado de una forma u otra practicar con las armas, pero ninguno ha dado la talla. Sabéis que

en una contienda con esos espectros, sólo vosotros tenéis las tablas, la experiencia, la puntería y la forma física necesaria para sobrevivir. Lo habéis demostrado muchas veces. Que vengáis conmigo... es una locura.

— ¡Y que lo digas tú! — rió José.

— Es cierto... — comentó Susana suavemente, con una media sonrisa curvándole la comisura — Tú eres nuestro líder.

Pero Aranda terminó por convencerlos. *¿Y si los muertos lograsen entrar en el campamento mientras estamos fuera?*, fue la pregunta que los desarmó. Realmente no parecía una buena idea ausentarse durante tanto tiempo, y así, finalmente, dejaron que su indómito líder se fuera a su periplo personal.

Aquella noche se acostó con una sonrisa fresca y nueva en los labios. Pensaba que al día siguiente buscaría una moto ligera y manejable, una que pudiera meter campo a través si la carretera estaba cortada, y entonces conduciría hasta amaneceres lejanos, más allá de las abarrotadas calles de Málaga. Mientras el sueño se lo llevaba poco a poco, se imaginó conduciendo por toda la Costa del Sol, poniendo grupos de supervivientes aislados en contacto unos con otros y acarreando no solo medicinas y víveres, sino la misma *vida*.



#### 4. Reza y el Grupo de Caza

No eran ni las cinco de la tarde, pero el cielo estaba tan cubierto de nubes negras cargadas de lluvia que casi parecía de noche. A Reza no le gustaba cazar cuando la visibilidad era tan mala, pero el juego era el juego, y nadie jugaba mejor que él.

Esperaba de pie junto a su coche, en lo alto de una loma, pendiente del reloj. De vez en cuando se cansaba y cambiaba su peso de una pierna a la otra, o miraba al alto edificio que se encontraba a unos trescientos metros, en el extremo opuesto del aparcamiento. Se erguía cuan alto era en medio de una plétora de casas bajas y vegetación, un testimonio de ladrillo y acero de la corrupción en la Costa del Sol. Dieciséis plantas de locura llenas de muertos vivientes. Y en lo más alto, un pañuelo rojo atado a uno de los cables de sujeción de una antena de telefonía móvil que tremolaba enloquecida.

Impaciente, volvió a comprobar el equipo como parte de una rutina repetida cientos de veces: se ajustaba el cobertor de *Goretex*, los immaculados guantes negros, el cinturón con las granadas, los cargadores y otros enseres, y comprobaba las gafas de visión nocturna que se encendían con un sonido reconfortante. Eran unas *Photonis-DEP* de la más alta gama, perfectas para detectar cosas muertas en la oscuridad. Había probado otras, pero no le servían; había aprendido que los muertos apenas irradiaban calor corporal. Por fin, revisaba su rifle, la belleza rusa AK-74 equipada con mirilla telescópica y volvía a mirar el reloj.

Cuántas veces habían jugado a cosas similares ya ni lo recordaba, pero sí recordaba que casi siempre, él era *el mejor*. Sus derrotas las rememoraba con un rebufo de bilis estomacal horrible, y se auto-castigaba apretando inconscientemente los músculos de la barriga y los dientes, una costumbre que acarreaba desde niño. Entonces podía estar varios minutos pasándose la mano por la cabeza, frotando la calva de delante a atrás, de atrás a adelante.

Reza se crió en su casa, una enorme mansión ubicada en las afueras de Marbella que, sin embargo, era cenicienta y lúgubre. Tutelado por su padre, un asistente personal y un tutor, además de

un monitor de gimnasia, nunca conoció las alegrías y sinsabores del colegio. Su padre, el Sr. Lubke, era un resuelto hombre de negocios, un alemán tan estricto que las hojas de los árboles del jardín no caían hasta que él determinaba que había llegado el otoño. Trataba a su hijo con el mismo puño de hierro que sus negocios, con los cuales amasó una enorme fortuna. No todos eran legales: su ventana moral era lo suficientemente amplia como para que se colara el blanco, el negro y todos los colores del arco iris. La infancia de Reza transcurrió entre los compases rítmicos de un metrónomo, aparato que medía cada actividad y cuyos lánguidos sonidos dominaban la casa desde que empezaba la jornada a las cinco de la mañana hasta que el día terminaba a las nueve. Siempre la misma rutina, día tras día, sin importar que fuera miércoles, domingo, o Nochebuena; *flexibilidad* era una palabra que había sido erradicada completamente del diccionario familiar, y el concepto de ocio se asociaba a dedicar tiempo a cosas como la lectura o la gimnasia. Con cuatro años ya sabía leer y escribir perfectamente, y con seis era notable en el arte de la esgrima. Estudió lenguas muertas, recorrió el pensamiento de los grandes filósofos desde la antigua Grecia a la actualidad y con doce años se encontraba cómodo leyendo avanzados tratados matemáticos sobre relatividad general.

Pero la educación de Reza nunca contempló las cosas pequeñas que todos los niños a su edad recibían en gran cantidad: caricias, abrazos o unas simples palabras de aliento. Nada de eso tuvo nunca lugar en su formación espartana. Su madre ingresó en una clínica de belleza nada más dar a luz y lo confió a unas comadronas que servían en la casa para que lo cuidaran. Llevaban al servicio de la familia más tiempo del que hubiese sido conveniente y se habían contagiado bien de la acritud y marcial eficiencia con la que se regía todo. El bebé Reza recibía su alimento, sus baños y su cambio de pañales con precisa puntualidad, pero nada más. Nadie besó su suave naricilla, nadie acarició su perfumada tez, nadie lo sujetó contra su pecho ni un segundo más del estrictamente necesario.

El único amigo que Reza tuvo en su niñez fue Kaiser, un micho miserable de color anaranjado que una cocinera en

sustitución alimentaba a escondidas en la cocina. El *gatillo* le fascinaba poderosamente, cuando podía verlo en los raros días que merendaba en la mesa del recinto. Le gustaba verlo tumbado en el escalón con los ojos cerrados al sol y con la panza subiendo y bajando suavemente al ritmo de la respiración, y luego desmerezarse lentamente estirando las patas delanteras y abriendo mucho la boca. Le gustaba verlo caminar por entre las baldosas negras y blancas, arrimando el rabo a todos los muebles por los que pasaba como si quisiera dejar una huella invisible en ellos.

Una tarde cualquiera, Reza mojaba unas galletas en el vaso de leche mientras Kaiser se entretenía en mantener una feroz batalla con un trapo de cocina que colgaba de un gancho. Hacía fintas hacia uno y otro lado, se tumbaba en el suelo con las cuatro patas en actitud defensiva y finalmente pegaba un salto para lanzar un poderoso zarpazo que hacía sacudir el trapo. De tanto en cuando, el minino lo miraba con unos preciosos ojos redondos, toda su cara trocada en un signo de interrogación, como si buscara la aprobación del niño. Reza intentaba un rictus de sonrisa (tan desconocida le era) pero por dentro la excitación bullía como las burbujas en una botella de refresco que acaba de ser agitada.

Por fin, cuando el gato acabó liberando el trapo, éste cayó suavemente sobre su cabeza, atrapándolo. La esforzada batalla que se produjo a continuación, con una tormenta de patitas en rápida sucesión entrando y saliendo del trapo de cocina provocó que Reza soltara una sonora carcajada. Fue como si un océano contenido durante milenios en la presa más antigua del mundo fuese por fin liberado: un torrente de agua límpida que arrancaba sin esfuerzo toda la costra rancia y hedionda enquistada en su alma. Rió una, dos y tres veces, y asombrado de sí mismo, no pudo parar de hacerlo. Kaiser, que generalmente salía corriendo cuando se producía un sonido más alto que otro, se asomó por debajo del trapo con las puntiagudas orejas apuntando hacia él, pero no huyó.

Pero no huyó.

En los años y años que estaban por venir, Reza se sorprendía a sí mismo preguntándose qué hubiera pasado si Kaiser hubiese salido corriendo, pero nunca conscientemente. El recuerdo acudía furtivo, siempre traicionero, en los momentos bajos, porque

recordar aquello le provocaba una sensación de asco, miedo y odio tan profundamente combinadas que a veces se mareaba y tenía que detenerse un rato a respirar, como aquejado de una profunda crisis asmática. El recuerdo comenzaba con su padre entrando en la cocina, como siempre sin apresurarse, casi sin hacer ruido, acompañado de una de las amas de casa. Sus rostros sombríos ocultos por una máscara lánguida y seria lo miraban fijamente mientras él continuaba riendo, tanto que con una mano se sujetaba el estómago y con la otra señalaba al gato. El Sr. Lubke le miraba intensamente, siempre sin mover un solo músculo de la cara. Muy despacio, giró la cabeza para seguir la dirección del dedo y fijarse en el gato, que ahora daba vueltas sobre sí mismo con el trapo aún enredado en las patas traseras. Y entonces, sin más preámbulo, recorrió los cuatro pasos que le separaban del animal, se agachó y lo levantó bruscamente del suelo cogido por el rabo.

El corazón de Reza se paralizó, el torrente de risa interrumpido como si, de repente, hubieran cerrado de nuevo las puertas de la presa de su alma. El gato, entre bufidos, se sacudía y volteaba como si le estuvieran sacudiendo con un palo pero su padre permanecía impassible, mirándole. Y de repente, alargó la otra mano, cogió al gato por el cuello y con un simple movimiento, le rompió el cuello.

*¡Crack!*

Kaiser se sacudió una sola vez; un espasmo brutal que tensó totalmente sus patitas anaranjadas. Cayó al suelo hecho un ovillo informe, la espalda combada hacia atrás y la cabeza inclinada hacia el lado incorrecto. Los ojos entrecerrados le miraban; la lengua, rosada y pequeña, asomaba inerte por un lado.

Reza le miraba sin atreverse a respirar. Ni siquiera era consciente de que ya no respiraba. Miraba la horrible quietud del gato, y por un momento se le asemejó a la quietud de su vida, al sepulcro magnífico que era su casa. Algo dentro de él se quebró como una rama seca que ha perdido demasiado tiempo de un árbol muerto.

Su padre estudió sus facciones.

— ¿Duele? — preguntó al niño.

Reza no contestó. Un nudo descomunal le atenazaba el pecho como la garra de alguna bestia buscando agostar su corazón.

— Sé que duele. — continuó su padre, hablando con un elegante alemán. — Te has dejado embaucar por este animal, y mira a lo que te ha llevado. Has perdido totalmente el control... Es lo que ocurre cuando dejamos que los sentimientos nos nublen, Reza Lubke. Nunca dejes que nada... ni nadie, entre *jamás* en tu corazón. Es una debilidad que no puedes permitirte.

Reza lo miró con lágrimas en los ojos. Lágrimas cálidas que terminaban cayendo, como gruesos goterones, en el immaculado mantel de hilo blanco.

— ¿Está claro?

El niño asintió, como accionado por un resorte.

— Señorita Vogt, por favor, retire ese animal de la casa y averigüe cómo llegó aquí en primera instancia. Luego llame al monitor de gimnasia de mi hijo. Que venga inmediatamente. Mi hijo necesita una sesión de ejercicio. Eso le repondrá.

Y salió por la puerta, tan silenciosamente como había entrado.

Reza no creció, fue *diseñado* tan cuidadosamente como era posible con lecciones como aquella y otras muchas. El ejercicio físico, las materias, las clases prácticas. Todo contribuyó a su formación. Con veinticinco años su padre le ordenó que le acompañara a todas partes, y así conoció su mundo. Su mundo de relaciones con ayuntamientos, con bancos, empresas privadas nacionales e internacionales, con empresarios de la Europa del Este, de Asia, de todas partes. El Sr. Lubke picaba de todo, desde el simple negocio de presentar gente a gente, actuar de intermediario logístico en complicadas operaciones financieras entre varios países hasta la compra-venta de armas allí donde fuesen requeridas.

Reza se convirtió en un *lobo*. Un depredador en un mundo de ovejas sensibleras y débiles. Aprendió que las costumbres y tradiciones culturales eran importantes en los negocios. Prefería a los americanos porque prevalecía la competencia y los resultados a corto plazo, y las relaciones personales no eran sino una burda fachada. Con los japoneses tenía dificultades porque para ellos era

indispensable desarrollar la amistad antes de negociar, y esa delicada materia, él nunca la aprendió.

Por eso también le gustaba La Costa del Sol, como a su padre. Allí se cultivaban las relaciones superficiales y el dinero le abría todas las puertas, todos los círculos, todas las sonrisas de aprobación que su ego necesitaba. En los negocios y el trato personal, sin embargo, le irritaban los españoles, a quienes consideraba vagos, zafios e irresponsables. Nunca utilizaba el castellano si podía evitarlo, siempre el alemán o el inglés.

Como su grupo de caza, que estaba formado solo por alemanes.

Los conoció por azar durante un aburrido circuito de golf, una fruslería concebida para ordeñar dinero de los empresarios de la zona. Dicen que el mal siempre reconoce al mal, y a Reza le bastó una breve mirada a los ojos de sus interlocutores para saber que ellos también eran *lobos*, pero de otra clase más visceral, más básica, más fuerte. Eran cazadores, como aprendió durante su conversación, y tenían incluso una exitosa empresa de safaris por todo el mundo. Aquel verano se fue con ellos y descubrió un nuevo mundo de infinito éxtasis. Cazó osos, alces y caribús en Alaska y Canadá; *bantengs*, búfalos y ciervos en Australia; *ibexs* y *argalis* en China, y por supuesto numerosos antílopes y los cinco grandes en África. Cada vez que disparaba, cada vez que arrancaba la vida a algún animal desde la distancia, con su rifle de alta tecnología, sentía una fuerte excitación en la base misma de los testículos. Sentía que la sangre corría enfurecida por sus venas. Y siempre escuchaba un ruido sordo en su cabeza. Siempre.

¡Crack!

Pero como suele ocurrir, después de un tiempo dejó de tener encanto. Se cansó de pagar por poder abatir a un elefante. La diferencia era demasiado grande, no tenía ningún mérito. Llegó a ser tan hábil que podía acercarse a una gacela a menos de veinte metros y meterle una bala entre los ojos con una pistola común sin que se diera cuenta. Así que dejó los safaris concertados. Le enseñaron otra modalidad nueva, diferente, más peligrosa. Se iban de caza por territorio español abatiendo animales en cotos privados protegidos donde estaba prohibido cazar. Burlar a las patrullas del

Seprona volvía a traerle esa sensación en los testículos que tanta excitación le había procurado en el pasado. Escondido en un río, por la noche, con frío intenso, tapado con hierbas y matorrales para no ser visto, esperando el momento y finalmente cobrando la pieza sin que los guardias se dieran cuenta. Infiltrarse, ocultarse, matar, salir... pasaba los días contando los minutos hasta que pudiera vivir de nuevo la misma aventura.

Cuando la Pandemia *Zombi* llegó, miles de millones de personas en todo el mundo padecieron enormes sufrimientos. Algunos se volvieron locos, otros se sumieron en una tristeza tan profunda que prefirieron quitarse la vida. Reza no. El grupo de caza, no.

Lo vieron primero en la televisión, y más tarde, antes de que Málaga fuera arrasada por el número siempre creciente de *zombis*, era el único tema de conversación por todas partes. Unos decían que sí, otros que no. Algunos aseguraban haberlos visto, otros decían que era una patraña como la Gripe A. Pero el primer *zombi* que Reza se encontró redefinió totalmente su mundo. Era como un hombre, y se hallaba encorvado con la boca y el cuello manchados de lo que parecía ser sangre en abundantes cantidades. Lo más inquietante eran sin duda los ojos... el iris había desaparecido y en toda la esfera ocular sólo había un pequeño y difuso punto gris. Cuando se volvió a mirarle, le disparó en el pecho, no exactamente en el centro, sino un poco a la izquierda, en pleno corazón. Pero aquello no le detuvo; el hombre chilló y empezó a correr hacia él. Luego le disparó en la cabeza, reventando el cráneo y expulsando el cerebro que salió despedido hasta un metro y medio hacia atrás, dejando un reguero blanco-rojizo en el suelo.

¡Crack!

Mientras el espectro caía hacia atrás, privado ya del hálito de la vida, Reza sintió que una increíble ola de calor ascendía desde su estómago hasta la cabeza. Estaba totalmente encendido, eufórico... el peligro había sido *real*, la cacería había sido *real*, y si no hubiera tenido puntería, habría ingresado en las filas de los *verdammt* muertos vivientes por la vía más rápida. Era además un enemigo con forma humanoide... joder, era casi como disparar a un *hombre*... no había nada comparado con disparar a un hombre. Cuántas veces

había soñado con hacerlo ni podía calcularse, pero siempre tuvo miedo de las consecuencias. No tenía dilemas morales, pero no quería pudrirse en prisión por algún error ocultando evidencias. Y ahora, había centenares, miles, millones de esas cosas recorriendo las calles.

Aquella noche, el club de caza se reunió en la exuberante mansión de uno de ellos. Tras las grandes vidrieras, la humanidad lidiaba una decisiva batalla por la supervivencia, pero el grupo de caza, arrullados por un buen fuego en el hogar, celebraba con whisky y trazaba planes inmediatos. Ojeaban con exquisito deleite sus conocidos catálogos de armas y material de supervivencia, desde rifles ametralladores de gran calibre hasta los enseres más diversos. Hablaban entusiasmados, tomaban nota en sus agendas electrónicas de la lista de equipo que conseguirían y por fin se entregaron a teorizar hasta el amanecer sobre la fascinante manera en la que los muertos habían vuelto a la vida.

Las cinco y diez minutos.

Volvió a repasar todo de nuevo. Las gafas de visión nocturna, las dos pistolas del 38 que llevaba para emergencias en unos bolsillos laterales del pantalón. El rifle. El reloj. Mientras consumía el tiempo intentando concentrarse en esa tarea, el viento arrancaba sonidos quejumbrosos de las ramas de las palmeras y traía el susurro de los muertos desde lugares indeterminados de los alrededores.

Y por fin, la señal.

La bengala se alzó a buena velocidad hacia el cielo, iridiscente y humeante. Poco a poco perdió fuerza y acabó cayendo como ingrátida, envuelta en una luz parpadeante.

Pero mucho antes de que empezase a perder intensidad, Reza se activó como si fuese un autómatas. Empezó a correr hacia el edificio a buena velocidad, siempre buscando el refugio de los pocos vehículos aparcados. Pero no se dirigió hacia el portal, sino que corrió hacia una de las ventanas del primer piso y apuntando con su rifle desde la cadera, disparó una única bala.

El disparo, gracias al silenciador y las balas subsónicas, apenas produjo un sonido decepcionante, como el de una lata de



Cocacola al abrirse. El cristal, sin embargo, se hizo añicos y cayó al suelo con gran estrépito. Reza se acercó al hueco de la ventana, saltó sobre los dos pies y accedió al recinto dando una estudiada voltereta sobre sí mismo. Todavía había cristales cayendo contra el suelo cuando Reza ya había recuperado la estabilidad y se encontraba apoyado sobre una rodilla cubriendo todos los ángulos con su rifle.

Hizo bajar las gafas con el amplificador de visión y todo se volvió de un color verde fluorescente. Las paredes, la profundidad del pasillo que se abría ante él, cobraron una tridimensionalidad un tanto irreal, como imágenes de *render* procesadas por un ordenador. El único sonido que le llegaba era el de su propia respiración, no muy alterada, y el del viento que correteaba por los pasillos y habitaciones del edificio.

Pero no había mucho tiempo que perder. Se puso en marcha hacia el pasillo, cubriendo cada nuevo acceso a una nueva sala con rapidez, descartando las habitaciones vacías. Todos los muebles estaban en su sitio y no había porquería ni restos de lucha por ningún lado, así que imaginó que la casa no había sido invadida. Aún así, confiarse era un tren de alta velocidad al otro barrio y avanzó siguiendo todos los protocolos de cautela. La puerta al pasillo aún estaba intacta, pero cuando se asomó fuera vio dos espectros entre él y la escalera que llevaba arriba. Movían la cabeza de un lado a otro, como si buscaran en el aire. Imaginó que habían estado allí mismo durante más tiempo del que se atrevería a decir, y que el sonido de los cristales los había despertado un poco. Siempre era lo mismo.

Reza invirtió dos balas más en terminar con ellos. Disparos limpios, silenciosos, precisos, directos a la cabeza, el colofón de muchos años de experiencia tras el gatillo. Las cabezas se sacudieron como golpeadas por un martillo invisible y ambos cuerpos cayeron inertes al suelo.

Corrió ligeramente acuclillado hacia la escalera y al llegar arriba, disparó sin detenerse, usando la mirilla del arma. Con las gafas de visión nocturna era imposible saber si los cuerpos a los que disparaba eran de seres humanos o *zombis*, pero aparte del hecho evidente de que unos supervivientes no estarían plantados

en el rellano como flácidas marionetas, le importaba muy poco si eran vivos o no muertos. Estaban en medio, entre él y el pañuelo rojo, y debía apartarlos de la forma más expeditiva posible.

En su cabeza, en un segundo plano, un cronómetro marcaba cada segundo con un sonoro tic-tac. Un minuto veinte. Un minuto veintiuno.

Continuaba subiendo y derribando espectros con implacable precisión. El sonido del silenciador llenaba el aire. No jadeaba, y nunca fallaba un tiro. En el cuarto piso un espectro casi le sorprendió tirándose por el borde de la barandilla hasta donde él estaba, pero Reza se lanzó hacia delante haciendo una elegante finta y lo derribó con un giro rápido. Era un *lobo*, no había ningún riesgo en lo que hacía.

Cuando llegó al tejado habían pasado apenas cinco minutos. Allí, recorrió la distancia que le separaba del pañuelo y no perdió tiempo siquiera en desatarlo; lo arrancó de un fuerte tirón. Por último, hurgó en su cinturón y extrajo un cilindro de color naranja. Era una bengala, que encendió y levantó en el aire con la mano derecha. Su pose era la de un campeón olímpico. El silenciador del AK74, negro y alargado, humeaba ligeramente al contraste con el frío.

Desde la carretera lejana, Bluma y Dustin vieron encenderse la bengala; despedía destellos escarlata en contraste con las nubes negras de fondo. Bluma detuvo el cronómetro.

— Cuatro minutos, cuarenta y ocho segundos. — Dijo con su voz grave. Hablaba alemán, su lengua materna, pero en su boca sonaba como ladridos de un perro encolerizado.

— Qué hijo de puta.

— Sí que lo es. — dijo con un brillo en los ojos.

— ¿Cuánto tengo que sacar para superarle? — Preguntó Dustin.

Bluma suspiró brevemente y sacó una pequeña cuartilla de papel.

— Veamos... teniendo en cuenta tu pifia en el hotel la semana pasada... tendrás que hacerlo en... — movió los dedos como si llevara una cuenta en la cabeza — un minuto quince, más o menos.

– Sonreía como un demonio tras firmar un contrato por el alma de algún infeliz.

– Cabronazo.

– Significa que estás fuera. – dijo echándose a reír. Era la suya una risa socarrona y grave que distaba mucho de ser agradable.

– ¿Y los demás?

Miró la lista de nuevo.

– Vaya... Esto es interesante.

– ¿Qué pasa?

– Entre Reza y yo hay un empate...

Dustin dedicó unos segundos a pensar, y por fin le dedicó una sonrisa enigmática.

– Creo que tendremos un gran placer en idear algún fantástico y definitivo juego a la altura de vuestras... habilidades.

La sonrisa de Bluma se congeló un instante, pero luego sus cejas volvieron a combarse hacia abajo, como hacía siempre que sonreía.

– ¡Ja! – Espetó.

## 5. El Álamo

En las pistas de atletismo, los ejercicios de mantenimiento diario habían terminado prácticamente y la hora de comer se acercaba con rapidez. El rumor que habían traído los que se encargaban aquella mañana de la limpieza del porche era que, en las cocinas, se preparaba pasta con atún y tomate, uno de los platos favoritos de Dozer.

—No es justo. — Musitó Dozer.

Uriguen y José reían con un tono manifiestamente burlón.

—¿Pero qué ocurre? — preguntó Susana acercándose. Había estado ejercitando los bíceps en una serie de duras flexiones y tenía la camisa empapada en las axilas y el cuello.

—Dozer tiene revisión de seguridad y va a perderse el almuerzo. — dijo Uriguen, divertido.

—Bah... — protestó Dozer.

Mientras sus compañeros se alejaban, Dozer inspeccionó la bolsa de plástico que le habían traído: un bollo de jengibre con algo de jamón cocido de lata, y uno de esos envases de color rosa que contenían leche con canela. ¿De verdad era leche? Con esa fecha de caducidad proyectada en el tiempo hacia el futuro, empezaba a dudar. ¿Y qué coño era un jengibre, de todas maneras? Dozer echaba de menos el pan. Pan crujiente de harina de trigo horneado como Dios manda. Qué proceso tan básico y sencillo, el de producir pan, y qué lejos se le antojaba ahora.

Devoró el fugaz almuerzo en un tiempo récord y fue a reunirse con Moses. El marroquí se había preocupado bastante por el recinto desde que el padre Isidro irrumpiera como lo hizo, y había sido propuesto en una reunión multitudinaria como Jefe de Seguridad, no hacía mucho. Sus primeras propuestas gustaron bastante, cosas básicas en su mayoría pero en las que nadie había pensado. Ahora, había pedido a Dozer que le dedicara un poco de tiempo.

Su primera parada juntos fue en la armería. Estaba emplazada en una habitación sin cerradura a apenas diez metros de los grandes ventanales que daban acceso al edificio.

— ¿Qué tenemos ahí? — Preguntó Moses.

— Ahí está todo, amigo. — contestó Dozer, abriendo la puerta de entrada.

Moses dejó escapar un silbido apenas el interior de la estancia le fue revelado. Ante él se extendían grandes estanterías que cubrían las paredes hasta el techo, y en ellas, un cantidad impresionante de rifles y cajas de munición copaban todas las baldas. En un apartado especial colgaban algunos trajes anti disturbios completos con sus cascos y escudos de resina *Lexan*.

— Dios... no sabía que teníamos de éstos. — exclamó Moses, visiblemente sorprendido por la gran cantidad de armas que había allí desplegadas.

— Sí. Todo viene de la comisaría de policía.

— ¿Y estos trajes?, ¿por qué no los usáis? — exclamó Moses, tomando uno de los grandes chalecos entre las manos.

— Ah sí. Éstos. Verás... los trajimos porque parecían una buena idea. Al menos en teoría, ya sabes, ir por ahí protegidos de mordiscos y zarpazos. En la práctica, sin embargo, no funcionaron muy bien. Necesitas una gran flexibilidad para moverte bien entre los *zombis*, y el traje la reduce bastante. Para nosotros es esencial movernos deprisa, pasar delante de ellos antes incluso de que puedan reaccionar; pero cuando probamos los trajes, fue un desastre... Demonios, a Uriguen casi lo cazan.

— Ah, entiendo... — dijo Moses pensativo.

Dozer se acercó entonces a un armario situado al final de la sala.

— Y éste es nuestro armario de varietés. — dijo, abriendo ambas hojas a la vez. Había allí un importante batiburrillo de material colocado en cajas o envueltos en grandes plásticos, y distribuidos en varios estantes. — todo extraído de la comisaría de policía, pero no de su equipo, sino de la sala almacén donde tenían cosas decomisadas... no sé si temporalmente. ¿Qué hay aquí? — continuó, echando un vistazo al interior de las cajas — una barra de dinamita, varios metros de cordón detonante... un manual para

elaborar bombas... — echó un vistazo al plástico que lo envolvía — fíjate, encontrado en un apartamento de La Palmilla... para qué coño querrían eso.

— Te sorprenderías — dijo Moses, moviendo la cabeza.

— ¡Ah! Esto es bueno. Escucha... proyectiles para cohetes RPG-7... que fueron encontrados en... veamos... — nueva consulta a la gran bolsa que los protegía — ... en un jardín, enterrados. También dos granadas de fragmentación y algo de explosivo plástico. Y por supuesto, el lanzador de las RPG-7.

— Esto es de locos. — dijo entonces Moses, girando sobre sí mismo como para apreciar la ingente cantidad de armamento y equipo que lo rodeaba. — Pero parece que estamos cubiertos en este sentido.

— Oh... sí, desde luego. Tenemos aquí un buen arsenal.

— Es una pena que nuestra fuerza operativa sea tan pequeña... — observó Moses mientras calculaba cuántas balas podría haber en todas aquellas cajas, cuidadosamente apiladas.

— ¿Nosotros? Bueno, lo intentamos... — enmudeció un instante y bajó la cabeza, como rememorando antiguos sinsabores — En los primeros días, la gente se nos unía poco a poco. Fue cuando los *zombis* empezaron a verse por las calles, ¿te acuerdas? Llegaron unos diez el primer día, ocho el segundo... y a medida que pasaba el tiempo, llegaban cada vez menos. Pasábamos mucho tiempo tras la reja por si pasaba alguien, para decirles que aquí estábamos a salvo, pero una mañana supimos que ya no vendría mucha más gente, que tendríamos que apañárnoslas nosotros solos. En aquellos tiempos le dábamos mucha importancia a las armas, y en cierto modo era normal: las armas pueden salvarte de un ataque *zombi*. Era como si, en este nuevo mundo enloquecido, todos tuviéramos que ir con un rifle en la mano para sobrevivir. Fue una soberana tontería. Detectamos que el ir armados en todo momento era psicológicamente perjudicial para la salud de la comunidad. Había recelo. Había hostilidad. Tendrías que ver lo que hace tener un arma apoyada sobre la pata de la mesa en la que comes. Fue idea del doctor dedicar un grupo a prepararse con las armas, y el resto, a las muchas tareas diarias que hacen falta en cualquier lugar donde conviven una treintena de personas.

—Entiendo... — dijo Moses. Había escuchado otras veces el relato de la fundación de Carranque, pero no desde ese prisma, y sentía una viva curiosidad.

—Formar el grupo no fue difícil. Cosa de selección. Yo tenía una empresa de seguridad antes de que pasara todo esto, y José y Uriguen también sabían mucho de armas. Uriguen era campeón de *Airsoft* a nivel de Andalucía y los tres estábamos en muy buena forma física. Los demás... algunos tenían una puntería bastante aceptable, pero no podían soportar estar a pocos metros de los caminantes. El pánico les superaba. Otros, no eran capaces de disparar contra ellos... demasiado parecidos a personas normales. Los últimos, no servían para coger un fusil, sencillamente. Hubo alguno que estuvo a punto de volarse un pie al recargar el arma, fue cosa de centímetros...

Moses sonrió brevemente.

—Entiendo lo que quieres decir. — concedió.

—No es nada sencillo. Hay que tener una pasta especial para esto. ¿Sabes cómo es una situación de combate real? El rifle huele a un kilo de hierro, y el olor se te queda en las manos y la mejilla aunque te laves a conciencia. Los disparos son estridentes, el olor de la pólvora es acre y cada vez que disparas el retroceso golpea la clavícula y el hombro, y duele... No es que te agote.. una escoba es ligera, pero si estiras el brazo en horizontal y la sostienes en el aire cinco minutos, te agota. ¿Te imaginas con un fusil de tres kilos? Los brazos acaban agarrotados. Y cuando estamos muy cerca unos de otros, los disparos del que tienes al lado te hace cerrar los párpados aunque no quieras. El sudor pica y se te mete en los ojos, y los casquillos vuelan para todos lados y pueden darte en la cara.

—Jesús. — dijo Moses — No he visto ninguna película que transmita eso.

Moses se encogió de hombros.

—En cuanto a Susana, fue un caso excepcional. — continuó Dozer, dejándose llevar con su historia — Fue de las primeras en llegar. Tenías que haberla visto... ¡qué diferente era de la Susana que conocemos ahora!... llorosa, rota. Vivió el fin de los días del hombre encerrada en su casa. Al poco tiempo de estar con nosotros, cogió uno de esos fusiles, una silla, unas cervezas, y descargó más de diez

cargadores contra los muertos. Ni siquiera estaba interesada en destruirlos porque no les disparaba a la cabeza. Los impactos de bala dejaron a esos pobres diablos en un estado lamentable, indescriptible... creo que fue entonces cuando me di realmente cuenta de a qué nos enfrentábamos, cuando veía sus rostros incendiados de odio, inmutables ante la absurda cantidad de impactos que los sacudían. Y ella seguía. Y seguía, disparando con monótona cadencia. Al día siguiente se presentó como candidata para el grupo, y vaya si resultó válida. Fue como si se hubiera templado, como si hubiera logrado expulsar sus demonios. Como si se hubiera desquitado de esa broma cruel que los *zombis* le habían gastado al arrebatarle su vida.

—¿Qué hacía ella antes? — preguntó Moses, después de dejar pasar un breve lapso de tiempo.

—Bueno. No estoy seguro. Creo que mencionó algo relacionado con... — dudó un instante — profesora deportiva, pero tendrás que preguntarle a ella.

Moses asintió.

—Quizá deba ponerme en forma. — dijo entonces, cogiendo uno de los rifles y sopesándolo en las manos.

—Eso estaría bien. — dijo Dozer, dándole una palmada en la espalda.

—Bueno, vamos a lo siguiente.

Lo siguiente les llevó directamente al tejado de uno de los edificios principales de Carranque, al que se accedía por una pequeña escalera de servicio. El sol del mediodía calentaba confortablemente, pero allí arriba el viento frío se acusaba con más intensidad y les congelaba las mejillas y las orejas.

La vista, sin embargo, representaba un cambio importante. Confería una cierta sensación de libertad, con una panorámica diáfana de los edificios circundantes que se erguían, silenciosos, cuan altos eran. Las ventanas oscuras, sin embargo, eran como ojos ciegos, testigos mudos del inimaginable destino que la raza humana había sufrido.

Moses inspiró profundamente.



—Me gusta este sitio. — dijo Dozer. Metió la mano en el bolsillo de su chaleco y sacó una pequeña hoja, plegada cuidadosamente sobre sí misma, un paquete de *Benson & Hedges* y un mechero. Encendió un cigarro, cubriéndolo con la mano para parar el viento.

—No sabía que fumaras. — comentó Moses.

—Es un viejo vicio. Lo dejé un tiempo, pero es como dice la canción: un viejo amor al que se acaba volviendo. De todas formas, qué coño, ¿crees que en este mundo en el que vivimos ahora hay sitio para ancianos longevos?— rió con una mueca torcida que Moses no supo interpretar — Diría que no.

—No lo había pensado así...

—En fin. — dijo, tras darle una intensa calada al cigarro. Desplegó la hoja con un rápido movimiento y se puso al lado de Moses, para que pudiera verla. Contenía un esquema dibujado a mano, un mapa de la zona con un pequeño diagrama con notas. Se trataba de un registro de las actuaciones del Escuadrón en los edificios que rodeaban la ciudad deportiva, una actividad a la que se habían dedicado antes de que el doctor Rodríguez trabajara en la vacuna, como parte de un plan de ampliación del perímetro de seguridad. Utilizaban las alcantarillas para acercarse a los portales lo más posible, y los limpiaban de caminantes. Luego, los clausuraban.

—Veamos. Éste de ahí está limpio — dijo señalando un edificio cercano — y también aquellos dos de allí. Y luego... aquél, el grande, y los dos que están a su derecha. Y... eso es todo.

—¡Fantástico! — comentó Moses, estudiando el plano. — ¿qué son estas notas? — dijo, examinando los símbolos laterales que Dozer había dibujado.

—Bueno, son cosas interesantes que hemos encontrado en las viviendas. Allí siguen. Este símbolo es de medicinas, éste de agua, cuando la encontrábamos en grandes cantidades. Ni te imaginas las cosas que guarda la gente.

—Entiendo... vaya si habéis estado ocupados.

Dozer sonrió, arrancando un fulgor incandescente a la punta del cigarrillo.

—¿Cuál es tu plan, entonces? — preguntó, soltando una bocanada de humo dulce y sofocante.

Moses estudió el plano antes de contestar. Miraba alternativamente la hoja de papel y los bloques de viviendas que les rodeaban.

—Ese de ahí... — dijo, señalando al más cercano. Era un edificio de ladrillo visto en forma de tríptico, con la parte central más alta. Las otras dos alas estaban giradas ligeramente hacia ella.

— Ese es nuestro Álamo.

— ¿Álamo?

Moses le dio una sonora palmada en la espalda.

— ¡La batalla por la independencia de Texas, amigo! Seguro que viste la película de John Wayne al menos. Cuatro mil soldados del ejército mexicano contra una milicia de secesionistas texanos, en su mayoría colonos. Se atrincheraron en la misión de El Álamo, en lo que hoy es el estado de Texas, utilizando algunas casas de sus cercanías como los primeros bastiones en su defensa. Y eso, amigo mío, es lo que haremos nosotros.

Su sonrisa era ahora radiante, pero Dozer le miraba intentando todavía comprender.

—Vamos. Piensa un poco. La última vez, casi sucumbimos. Triunfamos, sí, pero de puro milagro. De hecho creo que Dios puso unas cuantas Reinas Blancas en el tablero para compensar que el Rey Negro se había vuelto loco, ¿sabes lo que quiero decir?

—Nuestro sacerdote...

—Justo. La cosa acabó bien, pero también pudo haber salido... mal. Muy mal. Tú estabas en el hospital con las costillas trituradas, y seguro que te sentiste atrapado cuando esas cosas entraron allí...

—Oh, joder. Sí. — respondió brevemente. Se acordaba demasiado bien de aquellos momentos, fosilizados en su memoria como fotografías de gran nitidez.

—En el edificio principal fue igual. Estuvimos tan acorralados como tú. Tenías que haber visto a José, disparando a los espectros en la escalera, sujetando un colchón para aguantar la horda de *zombis*...

—Oh tío. — dijo Dozer, riendo de repente — Joder, sí. Si vieras cómo nos lo contaba cuando reunió valor para hablar de ello...

—Sí, en el recuerdo todo mejora, pero aquella noche, la escalera era la única vía hacia la salida. Si no hubiéramos conseguido llegar abajo, todo habría acabado.

Dozer percibió el tono serio del marroquí y recuperó la compostura, apurando el cigarro con una última inhalación.

—Así que — continuó Moses — ese edificio de ahí es nuestro plan de evacuación, nuestro Álamo, un refugio donde poder volver la mirada si todo se tuerce.

—Entiendo... — exclamó Dozer, pensativo.

—Quiero que trabajemos en eso. Quiero que el camino vaya directamente desde aquí, a ese edificio, por las alcantarillas. Cuando tengamos eso, más adelante, podríamos habilitar una de las viviendas como almacén y tener allí víveres, agua y armas.

—Uh... — exclamó Dozer, pensativo. — ¿todo eso merecerá la pena?

—¿Qué quieres decir?

Dozer apoyó ambas manos contra la barandilla y miró a la calle. Allí, los muertos caminaban errantes, omnipresentes, celosos guardianes sin saberlo de las vidas de algunos de los últimos supervivientes de Málaga.

—Pensaba en Aranda — contestó Dozer — en la vacuna, ya sabes. Dentro de poco, creo que todos podremos andar entre ellos sin riesgo. Bueno, quiero decir, ese es el plan, ¿no?

—Ese es el plan. — contestó Moses.

Pero algo en su voz le dijo que él no creía en ello, y ese conocimiento minó su propia esperanza como un alto explosivo que estalla en los mismos cimientos de un poderoso edificio. La vieja perspectiva de vivir para siempre en una ciudad deportiva rodeados de cadáveres que han vuelto a la vida se le echó encima como un lobo hambriento y terrible.

—Está bien. — dijo con cierto desánimo — Echaré un vistazo con los chicos, a ver cómo podemos comunicar el alcantarillado con el portal.

Y como si fuera una especie de advertencia llegada de entre las calles de la misma ciudad, una súbita ráfaga de viento, inesperada y gélida, les arrancó un escalofrío.

Resultó un poco más complicado de lo que pensaban. El edificio estaba justo enfrente de la ciudad deportiva, cruzando la calle, pero en el subsuelo se había construido un enorme parking público que cubría los cuatro carriles y cortaba todo el alcantarillado por esa zona. Los accesos al parking desde la calle se encontraban justo en la misma avenida donde Carranque tenía sus puertas, así que el número de espectros que se encontraban allí en todo momento era suficiente para desquiciar a cualquiera. Estaban a punto de escoger otro edificio, más lejano pero con un acceso más directo, cuando Moses tuvo una idea.

– Utilizaremos el explosivo plástico. – dijo al grupo.

– ¡Guaaaau! – aulló Uriguen, aplaudiendo. – ¡así se habla, amigo!

– Espera, espera... – protestó José – ¿explosivo plástico?, ¿dónde?, ¿qué me he perdido?

– Eso... es interesante. – dijo Susana, pensativa.

Moses le dedicó una sonrisa.

– Me sigues, ¿eh? He estado haciendo cálculos. Fui al sótano, al extremo más occidental, y conté mis pasos hasta la superficie. Recorrí esa misma distancia desde la superficie hasta la verja, y me faltaron unos diez pasos para llegar al mismo punto... ¿sabéis lo que quiere decir?

– ¿Que cuentas con el culo? – dijo Uriguen, divertido. José le arrojó el envase de las galletas que había estado comiendo.

– Que el sótano llega más allá de la verja, imbécil. – dijo.

– Claro. – dijo Moses – pero allí está el garaje... ergo, sospecho que la pared de nuestro sótano da directamente al parking público, pared con pared.

– Oh joder, Mo... – dijo Dozer, recostándose sobre su silla.

– ¿Alguien tiene experiencia con explosivos?

Todos se miraron, pero ninguno respondió, lo que naturalmente constituía una respuesta de por sí.

— Probaremos primero con una cantidad mínima, a ver qué pasa. Según los resultados que obtengamos, ampliaremos la cantidad de explosivo.

— Espera, espera... — se apresuró a decir Dozer — eso es... quiero decir, el explosivo plástico es de los más potentes que hay. Es mucho, mucho más potente que el TNT. Vaya, quiero decir que se diseñó en la Segunda Guerra Mundial con la expresa finalidad de volar puentes y edificios.

— Probaremos una cantidad mínima... — le tranquilizó Moses. — y si eso hace una pequeña brecha, aplicaremos ahí una cantidad similar.

El plan les pareció razonable, y dado que Aranda estaba ocupado preparando su partida, el grupo se puso a la tarea sin más dilación. El explosivo con el que contaban era del tipo C4, aunque no se indicaba en ningún sitio. El paquete, que venía envuelto en un nailon negro, era de un color blanco y se asemejaba más a la arcilla para modelar, aunque no tenía olor. Junto con éste había una especie de carrete con lo que supusieron era algún tipo de mecha, una especie de cobre recubierto de plástico amarillo y terminado en una cápsula de aluminio. También había un pequeño aparato de color negro con un par de aberturas en su parte inferior.

— Imagino que esta parte se mete en el explosivo y se activa por corriente eléctrica, a distancia. — dijo Dozer, examinando el paquete — Tiene sentido, la corriente se transmite por los conductores hasta iniciar la carga primaria.

— ¿Y ese cacharro negro? — quiso saber Uriguen.

— El detonante... sí, seguro. Metemos el cable por aquí y se genera la chispa que detona la carga. — contestó Dozer, dando vueltas al pequeño dispositivo en su mano grande y nudosa.

— ¿Seguro que es una buena idea? — preguntó Susana, a la que todo ese asunto, ahora que tenía el explosivo a la vista, hacía que le zumbaran los oídos.

Pero ya habían comenzado a abrir el paquete, rodeados de un súbito y ominoso silencio.

— Hay un problema... — comentó entonces José, examinando los fulminantes de aluminio. — Solo tenemos dos de éstos.

Moses dejó escapar una exclamación.

— Dos oportunidades, entonces. — dijo.

— No podemos arriesgarnos, de todas maneras — dijo Susana — tendremos que continuar con el plan de usar sólo un poco. Esto cada vez me gusta menos. — confesó.

— Siempre podremos terminar de agrandar el hueco con una machota, ¿no, *pecholobo*? — exclamó Uriguen, dándole una palmada en la espalda a José.

— Bueno... ¿cómo lo llevamos?, ¿es inestable?

— No no... este explosivo se hizo para la guerra. Ni siquiera una bala podría detonarlo. Joder, ¿crees que lo tendríamos aquí en un armario en caso contrario?

— No lo sé — dijo Uriguen con una media sonrisa — Estaba acordándome de un episodio de *Perdidos*, donde el explosivo le explota en la mano a un tío y esparce trozos minúsculos de su cuerpo en todas direcciones.

Dozer soltó un bufido.

— Qué burro eres... — dijo — eso era dinamita, y además había sudado nitroglicerina, lo que la hacía tremendamente inestable. Por eso se suele almacenar en un frigorífico. — Por fin, cogió el paquete como quien coge una bolsa de arroz e hizo un gesto vago con la cabeza, una clara señal de que debían continuar. Cuando todos hicieron un amago de ponerse en marcha, José les interrumpió.

— Un momento... — dijo — si vamos a abrir una brecha, ¿no debemos prepararnos? Es un parking público... apostarí a la cabeza a que tiene que estar lleno de *zombis*...

— Bueno, no tan deprisa... — dijo Moses — sólo vamos a intentar abrir una brecha en el muro, a ver qué encontramos. Apostaría a que detrás de él hay un trozo de tierra y piedras, y después otro muro, que puede ser incluso más grueso, como son los muros de los parking. Esto es solo una toma de contacto, a ver cómo van las cosas.

— Vale... — respondió lentamente.

Pero cuando todos salieron, Susana dudó un momento; por fin, volvió sobre sus pasos, y cogió su fusil. Su rostro albergaba una sombra de duda.

Bajaron a los sótanos con Moses en cabeza, y en apenas unos segundos llegaron a la habitación, un recinto de apenas tres metros cuadrados en la que se almacenaban algunos productos de limpieza. La pared en la que estaban interesados, sin embargo, estaba libre de bultos.

—Es ésta... — dijo Moses, pasando la palma de la mano por la superficie, como si buscara rugosidades o alguna grieta.

Uríguen se acercó a examinarla.

—A ver, nenas... dejadme ver eso. — dijo — Antes de ser brigada *anti-zombi* y muchas otras cosas, pasé unos años en la construcción.

—¿En serio? — preguntó José, sorprendido.

—Yo he pateado más culos y meado más sangre que ninguno de vosotros, *pecholobo*. — dijo riendo. Se acercó a la pared y la golpeó varias veces con uno de los cargadores que llevaba en el cinturón, lleno de bolsillos.

—Bueno, esperemos que no sea de hormigón... esos cabrones prefabricados rellenos llevan un forjado de hierro tanto en horizontal como en vertical, para que quede de una sola pieza. Y diría que eso es lo que tenemos aquí. Un muro de estas características debe soportar mucha presión, tanto la del peso del edificio como la presión externa y hacia dentro de la propia tierra. A eso hay que sumarle la humedad y las posibles filtraciones, tanto pluviales y similares, como las propias de la capa freática.

José soltó una sonora carcajada.

—¡Hijo de puta! — dijo riendo — ¿capa *friki*, ha dicho?

Susana rió la broma con bastantes ganas.

—Bueno... — dijo Moses, dejándose contagiar por las risas — En realidad, ¿qué quiere decir todo eso?

—Pues que es un muro de padre y muy señor mío. — contestó Uríguen mientras devolvía el cargador a su sitio.

Moses asintió.

—¿Se puede intentar?

—No entiendo de explosivos — confesó Uríguen — pero diría que tendríamos que conseguir hacer brecha para introducir ahí el explosivo de verdad.

—¿Entonces...?

—Pues tío... — soltó Uriguen, moviendo la cabeza y encogiéndose de hombros — yo pondría un buen pegote.

Y Susana descubrió que, inconscientemente, había estado tensando los músculos del estómago.

El explosivo era una especie de pasta moldeable con un tacto y una maleabilidad similar a la plastilina. Dozer extrajo una cantidad suficiente para llenarle toda la mano y la pegó a la pared, justo en el centro. Allí montó el fulminante, que se deslizó fácilmente en la masa. El cable de cobre colgaba de éste, retorcido y cimbreado como un extraño y espeluznante cordón umbilical.

Pero Uriguen, fatalmente, se equivocaba. Era verdad que había trabajado en la construcción, pero cuando lo hizo fue a una edad en la que no había conocido aún calor de mujer y se mecía como un junco al viento entre el desempleo y los trabajos eventuales en obras de poca importancia. La mayor parte del tiempo acarreaba penosamente ladrillos o capachos con mezcla de cal y arena desde el montón para la obra, cuando no subía y bajaba repartiendo bidones de agua y tarteras con la comida. Si hubiera sabido un poco más, habría desistido por completo de perforar una pared de un parking subterráneo, cuyo grosor puede alcanzar el metro veinte; unas bestias de hormigón armado testadas y homologadas con una mezcla de cemento de la máxima calificación y reforzadas con un forjado especial de alto rendimiento. Esos monstruos no se derriban con explosivo sin taladrarse primero con una barrena especial.

Lo peor, sin embargo, no fue desconocer esos detalles. Lo que el grupo no podía saber es que una vez existió un acuerdo entre la Sociedad Municipal de Aparcamientos y la Ciudad Deportiva de Carranque para mantener una entrada directa al subterráneo mientras aún estaba construyéndose. Carranque acercó su sótano hasta el extremo del parking, y éste acondicionó un par de metros de corredor para dar acceso peatonal. Al final, el acuerdo se rompió por problemas de permisos que tenían que ver con normas de seguridad y salidas de emergencia, así que se construyó un tabique sencillo para cortar el corredor y todo el mundo se olvidó del asunto. Ladrillos sencillos puestos de canto unidos por



finas capas de cemento, que ahora tenían adheridas unos cuatrocientos gramos de explosivo plástico C4 de ruptura.

Cuando todos se retiraron de la habitación y estuvieron a salvo más allá del umbral, salvaguardados por un recodo, Dozer contó hasta tres y accionó el detonador. La explosión fue tan brutalmente rápida que pilló a todos por sorpresa; cuando se trata de C4, el fuego y el calor viajan a una velocidad de un kilómetro por segundo, lo que provoca una fulgurante luminosidad y un súbito incremento de la temperatura que te abrasa la piel, te acartona las fosas nasales y te deja los ojos tan resechos que durante un tiempo parecen rechinar al girar en sus cuencas. Y después viene el sonido, inconmensurable, devastador; hace temblar la caja torácica y sientes la presión dentro de la cabeza hasta un punto que los dientes parecen bailar ante el impetuoso crescendo. Sucede todo en apenas un par de segundos, pero el shock es tan intenso que las glándulas suprarrenales inundan el cuerpo de adrenalina, y la percepción que se tiene es de cámara lenta. La luz. Los cuerpos se sacuden como empujados por manos invisibles.

Así se sintieron Moses y el Escuadrón cuando la explosión hizo volar por completo el muro que separaba el parking de la ciudad deportiva. No volaron cascotes ni ladrillos, todo se redujo a una lluvia de trozos tan terriblemente pulverizados que parecían granos de arena disparados por una ametralladora. La mayoría se incrustaron en las paredes, el suelo y el techo. La habitación entera pareció retumbar ostentosamente, incluso instantes después de que el sonido hubiera terminado dejando un eco, una suerte de zumbido vibrante y enloquecedor impregnado en el aire. Más allá del umbral, y aunque convenientemente protegidos, Susana se descubrió en el suelo, confusa. Uriguen había caído a los pies de Dozer, quien se aferraba a la pared de espaldas, extendiendo ambas manos. José y Moses se encontraban en circunstancias similares.

Un pitido vibrante y agudo les inundaba los oídos.

Susana quiso abrir la boca, pero incluso conmocionada como estaba, descubrió que le dolía. Sentía la lengua en su boca como si no fuera suya; se la había mordido.

Moses respiraba trabajosamente. La experiencia le había llenado la cabeza de recuerdos de un pasado no demasiado lejano,

cuando el padre Isidro le tendió una emboscada con explosivos y el túnel en el que se encontraba se derrumbó sobre él, su viejo amigo *el Cojo*, y otros. Él sobrevivió, pero su amigo no tuvo esa suerte. Por un breve instante, su cabeza creyó estar en dos sitios a la vez: entonces, y ahora, y preso del terror, sus ojos buscaban con salvaje desesperación a su amigo, como si aún pudiera salvarle.

Pero no había forma de ver gran cosa en aquél corredor angosto; de pronto el aire se había llenado de polvo, tan denso y asfixiante que todos empezaron a toser.

Y entre medias de las brumas de sus cabezas y el zumbido que colapsaba su audición, los alaridos que tan bien conocían empezaron a hacerse audibles, como si llegaran de un lugar remoto.

Eran los muertos.